# LE BOUQUET

Por: Lucas Remírez Eguía

**CAPÍTULO I**

Verano de 196..

-Hijo, tengo que decirte una cosa.

Mundi estaba desayunando. El día anterior había lle­gado de Madrid casi de madrugada ; venía con 5º de Bachi­ller aprobado y tenía todo el verano para él. Su madre le ha­bía ido a recibir a la estación y en cuanto llegaron a casa, se metió en la cama ya que, la mayor parte del viaje, lo había hecho en el pasillo del tren. Durmió mucho y relajado hasta que ella vino del mercado. Se­rían las once y media y cuando abrió los ojos, de la cocina le llegaban los sonidos del trajín de su madre y el olor a leche cocida esperando a ser mezcla­da con el Cola Cao que tanto le gustaba.

Cuando estaba dando cuenta del desayuno, es cuando su madre le dijo esa frase mientras se secaba las manos con un trapo de cocina. Todavía no estaba des­pierto del todo y su cabeza no es­taba para adivinanzas. Así que desistió de pen­sar en lo que quería decirle y esperó a que su ella hablara.

La mujer se sentó frente a él, colocó los codos encima de la mesa, cruzó las manos y sobre ellas, apoyó la barbilla adoptando una expresión muy similar a aqué­lla con la que, tiempos atrás, ¡habían pasado ya seis años!, le dijo que tenía que man­darlo al colegio de huérfanos.

Mundi tragó lo que tenía en la boca y bebió un sorbo del Cola Cao.

-Verás -dijo su madre- desde que murió tu padre, to­dos los años voy al ce­menterio, para Todos los Santos, a lle­varle unas flores. En esas fechas, tú no estás y voy sola. Ya estás hecho un hombretón y si te parece, me gustaría que eligiéramos un día del verano para que me acompaña­ses e ir los dos juntos; estaría bien el pri­mer fin de semana después de que vuelvas de vacaciones. ¿Qué te parece?

Mundi la miró detenidamente y pudo apreciar que los años estaban dejando huella en su rostro, ¿o serían los sufrimientos pasados en soledad?

-Madre -dijo- no he estado nunca en ningún cemen­terio, me da un poco de reparo entrar en ellos, pero te acompañaré. Me parece buena la idea. Tú me dirás cuando quieres que vayamos.

-Pasado mañana que es viernes. Iremos pronto, así no pasaremos calor al atravesar el puente-le dijo mientras se levantaba de la mesa.

Mundi creyó adivinar un gesto de complicidad y agradecimiento en su cara.

Esa noche y la siguiente no durmió bien. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Juan­mi.

 Juan Miguel Barreiro, gallego, muy alto y muy del­gado. Tenía siempre la tez muy pálida y daba la sensación como si el pecho lo tuviera hundido. Jugaba muy bien al fú­tbol, aunque, con frecuencia, solía dejar de jugar cuando menos se espera­ba porque, decía, le daba la sensación de que se ahogaba. Era un habilidoso a la hora de fumarse las pavas. Con un clip al que enderezaba la parte exterior o un tro­zo de alambre, las pinchaba y sujetaba el clip por el otro extremo. Eso le permitía apurarlas sin quemarse hasta que no quedaba nada. Por las noches tosía con fuerza y te­nía ac­cesos de tos, que daban la sensación como si fuera a echar el pulmón por la boca. Por fin, conseguía quedarse dormido y con él parte del dormitorio. Era un chico ocurrente, siempre dado a la contestación graciosa, tenía una habilidad pas­mosa para ponerle la “piedra” a cualquier palabra con la que terminara una frase. Pero Juanmi tenía una mirada melan­cólica, como si notara que estaba en inferioridad de condi­ciones con los demás. Por eso, por eso mismo, pensaba Mun­di, se sentía feliz cuando los demás se reían de sus ocurren­cias. Con Mundi se llevaba muy bien y Mun­di lo apreciaba un montón. Un día se sinceró con él y le dijo”:Mundi, me gustaría que se me pasara esto y dejar de toser y de cansar­me y ser un tío normal como vosotros”.

Mundi sólo acertó a decirle: ”No te preocupes, cuando menos lo pienses se te pasará y cual­quiera te para cuando corras con la pelota”.

Un día Juanmi, corría con el balón, era un partido contra el CHA, con dos fin­tas de cintura había sorteado a otros tantos contrarios y de pronto, se paró, se echó ambas manos al pecho y en­cogiéndose sobre sí mismo, soltó un vó­mito de sangre. Se organizó un gran revuelo, lo levantaron y entre cuatro, cogiéndole por los hombros y las piernas, lo llevaron a la enfermería. Cuando pasó junto a él, Mundi se fijó en la extremada palidez de su rostro. Sus miradas se en­contraron y Juanmi musitó algo que Mundi no entendió, te­nía unan expresión de miedo, de impotencia, de derrota, de búsqueda de alguien que le sacara de aquel trance.

De la enfermería lo llevaron al hospital y a los pocos días les llegó la noticia de que había fallecido. En el colegio se hizo, días después, una misa funeral aprove­chando que su madre venía a recoger sus cosas. Iba acompañada por el hermano mayor de Juanmi y durante toda la misa estu­vo llorando en silencio. Al salir, con el director junto a ella, mi­rando al grupo donde, entre otros, se encontraba Mundi, la mujer acertó a decir: Gracias.

Cada vez que Mundi se acordaba de Juanmi, la ima­gen que le venía a la cabe­za no era de cuando se fumaba las pavas, ni de cuando, apostillaba una frase de otro con una ocurrente pie­dra, ni cuando corría con el balón. La imagen que le venía a la cabeza era la de Juanmi derrotado, indefen­so, con aquel rictus de pánico y sobre todo aquellos labios musitando esa frase que no al­canzó a entender.

El hecho de tener que ir por vez primera al cemente­rio le trajo a Mundi esos recuerdos de su amigo muerto y por eso llevaba dos noches sin apenas pegar ojo. ”Mal co­mienzo las vacaciones”, pensó.

Cuando, el viernes, su madre entró a despertarle, ya estaba leyendo una nove­la del oeste; trataba con eso de ahu­yentar los recuerdos.

Desayunaron los dos juntos y una vez arreglados salieron a la calle. Nada más abandonar el portal, ella se le colgó del brazo. Mundi la miró y se dio cuenta de que su madre se sentía orgullo­sa de él y el gesto quería representar que se encontraba necesitada de apoyo, no precisamente fí­sico y que él podía empezar a prestárselo.

-Estás muy guapa, madre- le dijo.

Ella le miró y con una sonrisa le contestó.

-Y tú, ¿dónde has aprendido a echar flores a las mu­jeres, D. Juan?, la de cora­zones que de­bes de estar rompien­do en Madrid.

-No lo creas madre, allí las chicas se fijan en los ma­yores, nosotros no tenemos nada que hacer.

-Pero las habrá de todas las edades ¿no?.Ven, iremos por esta calle, quiero comprar un ramo de flores a las floris­tas que están en la puerta del mercado. Las venden recién cogidas de esta mañana.

Siguieron caminando, la ciudad, sobre todo la parte del centro por donde pa­saban, ya se había puesto en movi­miento y el día, se presumía, sería caluroso. Un limpiabotas sacaba brillo a los zapatos de un hombre grueso que estaba sentado en la terraza de un bar, próximo a la puerta de en­trada al mismo. En la mesa redonda, de patas de hierro for­jado y tablero de mármol blanco, descansaba un plato con una taza de café de la que el hombre tomaba pequeños sor­bos, quitán­dose de la boca el cigarro puro que mantenía en­tre los labios. Llevaba traje azul marengo con chaleco y del bolsillo superior de la chaqueta le salía un pañuelo que ha­cía juego con la corbata. Se tocaba con un sombrero flexible blanco.

 Mundi pensó: ”Tiene todas las pintas de un tratante, forrao de pasta”.

 Una copa de un líquido blanco y un vaso de agua, completaban el menú. ”Eso es chinchón a anís del mono “, se dijo Mundi para sí. El hombre se entretenía con­templando a la gente que pa­saba, mientras el limpia le estaba contando algo que le debía hacer mucha gracia. Mundi se fijó que el calcetín del pie, a cuyo zapato estaba sacando brillo el lim­piabotas, lo tenía protegido hasta la altura de los tobillos por sendos trozos de cuero, metidos entre el pie y el zapato por ambos la­dos. La verdad es que no le gustó como miró a su madre, aunque fueron escasos segundos ya que, el tipo, diri­gió la mirada hacia una chica rubia que se cruzó con ellos. De dentro del café, con la atmósfera llena de humo, salían las voces de la clientela, a esas horas, la mayor parte, hom­bres que cerraban negocios, teniendo como única firma un apre­tón de manos y como rúbrica un trago de una copa de licor.

**CAPÍTULO II**

Llegaron al mercado, en un lateral, una vez traspasa­da la puerta, había cinco o seis muje­res, cada una de las ellas detrás de un gran caldero de hoja de lata, don­de, sobre dos o tres dedos de agua, reposaban multitud de flores de largos tallos. Gladiolos, rosas, claveles, margaritas. ., da­ban un co­lorido que atraía la mirada de todos los que entraban.

-Buenos días, Flora, menudas flores más bonitas tiene Vd.- dijo la madre de Mundi.

Se conocían de hace muchos años y a Mundi le hacía gracia que llamándose Flora se dedi­case a vender flores. La mujer, casada con un peón caminero, tenía una huerta, a las afueras de la ciudad, que ella misma cuidaba y de donde salían las flo­res que luego vendía.

 A Mundi, aparte de hacerle gracia el nombre de la florista, más gracia todavía le hacía, pero en otro sentido, su hija. Se llamaba Luisa, tenía un par de años más que Mundi y se dedicaba a vender leche de una vaquería próxima a su huerta. La repartía por las casas ayudándose de una bicicleta en cuya parrilla trasera, llevaba acopladas un par de botejas, una a cada lado. La madre de Mundi era clienta, y Mundi en cuanto estaba de vacaciones era el encargado de bajar a por la leche cuando la otra llamaba desde abajo. Lo hacía de for­ma voluntaria, eso que en los co­legios había aprendido que voluntario ni para comer, porque, como diría Nico con su lenguaje peculiar, la tal Luisa “estaba que se tronzaba de buena”. Mundi aprove­chaba para charlar con la chica un rato, y de paso darse su ración de vista porque, de ahí no pa­saba la cosa, ya que la otra picaba más alto.

Sí -contestó la florista -éstas son de mi huerta y están recién cogidas esta ma­ñana. La veo muy bien acompañada por el madrileño que ya está hecho un hombre.

Mundi estuvo tentado de preguntarle por su hija, pero la florista no dio tiem­po a ello por­que, de inmediato, como adivinando el pensamiento, dijo:

- Yo estoy de lo más preocupada, a mi hija, se le ha metido en la cabeza que, en cuanto haga el Servicio Social, se va a París con mi hermana, que vive allí desde después de la guerra. La niña dice que aquí no tiene horizontes y que prefiere pro­bar fortuna en aquellas tierras.

La mujer siguió lamentándose aunque Mundi ya no la oía. Acababa de sufrir un serio revés; el origen de muchos de sus sueños inalcanzables, de largas pensadas, de fantasías de quinceañero, se iba y no volvería a verla más, aunque sólo fuera en vacaciones.

En éstas, la mujer ya había preparado un ramo de margaritas grandes y blan­cas. Había cor­tado parte de los ta­llos y los había juntado con una liza, formando un ramo sencillo pero bonito.

-Yo te llevo el ramo, madre.

-Te digo yo que has venido hecho un galán.

Madre e hijo se encaminaron hacia la zona donde se encontraba el cemente­rio. Estaba al otro lado del río y cuan­do atravesaban el puente, les adelantaron un grupo de chi­cos que proba­blemente iban a bañarse. Unos, llevaban la toalla hecha un rulo debajo del brazo y otros, portaban unas bolsas de deporte, de diferentes co­lores, que semejaban los sacos marineros en pequeño.

Una vez pasado el puente, tomaron una carretera a la derecha, que discurría paralela al río a escasos metros de éste. Allí estaba. Una larga tapia de mampostería paralela a la carretera constituía el límite sur del cementerio. Dos puertas de hierro forjado, eran el acceso por esa parte, una de ellas estaba cerrada, a la otra, se llegaba a través de una pequeña rampa, atravesan­do una zona de castaños que estaban en­tre el cementerio y la carre­tera.

En la pared, a la izquierda de la puerta, una placa he­cha en baldosas de cerá­mica rezaba:

*“Entra en este sagrado recinto,*

*haciendo honor a tu noble condición*

*de cristiano, tanto en el vestir como*

*en la dignidad de tu comportamiento”*.

El texto estaba en azul y orlado con una cenefa de motivos florales del mismo color. Mundi no estaba muy se­guro de cómo debían de vestir los cristianos, pero consideró que, con unos va­queros y un polo, cumplía los requisitos.

Traspasaron la puerta. Frente a ellos, una larga calle de piso de adoquín, jalo­nada a ambos lados por enormes ci­preses que, vistos en perspectiva, daban la falsa impresión de que al final unían sus copas. La calle era cortada perpen­dicularmente por otras varías, a lo que alcanzaba la vista de Mundi. Todas tenían el nombre de al­gún santo y en cada uno de los lados, de los cuadra­dos que formaban con la princi­pal y los límites del cementerio, se alineaban panteo­nes que deja­ban, en el centro del cuadrado, una zona de tie­rra donde se veían tumbas a ras del suelo con una sencilla lápida de piedra e incluso, simples cruces de hierro, que se­ñalaban el lugar donde al­guien se encontraba enterrado. Más al fondo algunos bloques de nichos de dos o tres pisos y un poco más allá la zona donde se ubicaba la fosa común.

Caminaron por la calle principal y su madre se sujetó fuerte al brazo de Mun­di para no tropezarse con algún ado­quín. Al llegar a la segunda calle torcieron a la derecha. No se veía a na­die y sólo se oían el gorjeo de los pájaros en los árboles y el murmullo del agua del río saltando un pequeño obstáculo de piedras que configu­raban una insignificante cascada.

Dos hileras de unos quince o veinte panteones ocu­paban ambos lados de la calle. Eran pan­teones de losas de piedra granítica que tendrían una altura de apro­ximadamente un metro y todos tenían un frontal también de piedra, de otro metro más o menos, rematado en una cruz. En él se podían leer, bien labradas sobre la piedra o en placas metá­licas ovaladas y esmaltadas, los nom­bres de las personas allí enterradas, así como la edad o fecha de fallecimiento.

Sin querer, Mundi se vio leyendo los nombres escritos según iba pasando. Uno de ellos le llamó poderosamente la atención. En el frontal sólo había un nombre grabado en la piedra:

Laura.

Sobre la lápida que cubría el panteón, grabado un poema que decía:

*Cerrar podrá mis ojos la postrera*

*sombra que me llevare el blanco día,*

*y podrá desatar esta alma mía*

*hora a su afán ansioso lisonjera;*

*mas no, desotra parte en la ribera,*

*dejará la memoria, en donde ardía:*

*nadar sabe mi alma el agua fría,*

*y perder el respeto a la ley severa.*

*Alma a quien todo un dios prisión ha sido,*

*venas de humor a tanto fuego han dado,*

*médulas que han gloriosamente ardido,*

*su cuerpo dejará, no su cuidado;*

*ceniza, más tendrá sentido;*

*polvo serán, mas polvo enamorado.*

Encima del texto, una rosa que daba sensación de es­tar cortada hace unos ins­tantes.

- Eso lo he leído yo en alguna parte - se dijo Mundi- E­so es de...

No le dio tiempo a hacer memoria porque, tres pan­teones más adelante, su madre se detu­vo. Era el de su fami­lia, se acercaron y ella depositó el ramo de flores sobre la lá­pida. El panteón no tenía mal aspecto aunque se veía que era antiguo, de los primeros que se debieron hacer en ese ce­menterio, lo mismo que los que esta­ban en esa zona. Mien­tras su madre colocaba el ramo, él se dedicó a leer los nom­bres que figuraban en el frontal. Allí estaban por orden cro­nológico de fallecimient­o, los de sus abuelos por parte de madre, a los que Mundi no había conocido ya que fallecie­ron antes de él nacer, el de un niño, que era el hermano ma­yor de su madre, muerto a los me­ses de venir al mundo y debajo, el nombre de su padre se­guido de la fecha de falle­cimiento. Algo le recorrió el cuerpo, algo que no sabría ex­plicar. Delante tenía el lugar donde estaban los restos de su padre. Volvió a leer el nombre. Cuantas veces había escrito ese nombre al tener que rellenar impresos en su vida esco­lar: “Nombre del padre, Nombre de la madre...”.

No se hacía a la idea, de que esa figura idealizada estuviera ahí dentro, hecho nada. Sin darse cuenta, le afluyeron a la mente mil y una escenas de las vividas con él. En eso tenía “suerte” pensó, pues al fin y al cabo, ha­bía podido disfrutar unos años de su compañía, aunque hubieran sido pocos; otros compañeros suyos, apenas los conocieron e incluso, alguno, nació des­pués de que su padre hubiera muerto. Beni, por ejemplo, que los perdió a los dos cuando tenía cinco años. No había maner­a que recor­dara nada de lo vivido en casa con sus padres. De vez en cuando, de forma furtiva, cuando estaba seguro de que nadie le veía, sacaba una foto y estaba un rato contem­plándola. Un día le desveló a Mundi su secreto y le enseñó la foto. Era una foto de estudio, pequeña, en blanco y negro, estaban los dos, de medio cuer­po, él de militar, con el cuello de la camisa abierto, un fino bigote y tocado con el chapiri legionario, en el que se distinguían las tres estrellas de capi­tán. Ella, con un vestido de flores, y una melena ondulada preciosa. Los dos miraban a la cámara sonrientes. La foto se veía ajada de tanto manosearla Esa era toda la referencia que Beni tenía de sus padres.

Por eso, había veces que su amigo se rebelaba contra su situación, como cuan­do tuvo que rellenar una ficha para mandar al Instituto donde se examinaban de Reválida. En el lugar del nombre del padre y de la madre, puso sendas cru­ces roma­nas. Cuando lo vio el profesor, al repa­sar las fichas, fue hacia él y le dijo:

- A ver Benito, ¿qué significa esto?

- Están los dos muertos- dijo como recitando una lec­ción de memoria.

- Y qué pasa con eso listillo, ¿es que no tenían nom­bre? Haz una ficha nueva, que te vas a llevar un guantazo.

- Sin ser consciente de ello, Mundi se encontró ha­ciendo un repaso de su de­venir por los colegios, como si quisiera poner a su padre al corriente de cómo había sido su vida desde que él murió.

Cómo viajó por primera vez a Padrón, cómo lloró la primera noche, preludio de otros mu­chos llantos en la inti­midad de un dormitorio a oscuras, cómo hizo los primeros amigos, cómo re­cibió las primeras bofetadas, cómo pasó sus primeras na­vidades en el colegio, sus frustraciones, sus pe­nurias, sus logros, su ir de un colegio a otro, su sentirse, lo mismo que sus compañe­ros, di­ferente a los chicos de su en­torno, su ir por la vida viviéndola de forma prematura, sus deseos, su pregunta sin respuesta:¿y qué será de mí?.

- Miró a su madre, ella estaba quieta, con la vista fija en el panteón, probable­mente re­zaba alguna plegaria, y parecía como si también estuviera presentando su luchar con la vida para sacar adelante lo que ella y su padre ini­ciaron juntos ;puede que, incluso, le estuviera reprochan­do la faena de dejarla sola, en el caminar del día a día, con un hijo al que proteger y buscarle un porvenir, pero lo haría desde el lu­gar del vencedor, del que va a clase con los debe­res hechos, no sin sacrificios y he­chos bien, con valentía, con dignidad, como tantas otras, habiendo tenido que asu­mir el papel de padre –madre, sin estar preparadas para ello, en esos años tan difíci­les y en unas circunstancias penosas.

Mundi esperó a que ella terminara, la mujer en un gesto reflejo se llevó la mano a los labios y luego la posó so­bre la lápida. Giró y se agarró fuerte del brazo de Mundi. Los dos iniciaron el ca­mino de la salida en silencio. Ella sacó un pequeño pañuelo del bolso y se enjugó un par de lágri­mas.

- Ya perdonarás hijo, pero siempre me pasa igual, vi­vimos muchas cosas bue­nas juntos, ¿sabes?

- No te preocupes madre y llora todo lo que quieras, dicen que es bueno- dijo Mundi.

 Al pasar por el panteón del poema, a Mundi se le hizo la luz y apuntando con el dedo, dijo en voz alta:

- ¡Quevedo, es de Quevedo!

-¿Qué dices hijo?

-Nada madre, cosas mías.

Y los dos, madre e hijo, salieron del cementerio muy pegados, hechos uno. Las visitas fue­ron sucediendo año tras año hasta que Mundi termino de estudiar. Luego, cuando Mundi se insta­ló en la ciudad, las hacían el día de Todos los Santos.

**CAPÍTULO III**

Primavera de 199..

María Callas y Alfredo Kraus estaban interpretando Parigi o Cara de Verdi, en la radio del coche. Le gustaba Kraus, consideraba que era mejor que Carreras y otro estilo al de Plácido, más puro, más técnico, aunque éste tampoco le desagradaba.

La circulación ese día era fluida y consiguió aparcar cerca de la tienda donde se dirigía. El aparcamiento era de estacionamiento limitado y en cuanto dejó el co­che, la vigi­lante se le quedó mirando, hasta que vio que se dirigía al ex­pendedor de tickets, que le autorizaban a dejar el coche en ese lugar, una hora como máximo. Mundi colocó el papelito en el salpicadero y cerró el vehí­culo. La vigilante le lanzó una mirada desde lejos como diciendo: ”Estaré pendiente de cuándo se te acaba el tiempo.”

Atravesó la calzada y dobló la esquina. Allí estaba la tienda a la que iba todos los años, des­de hace unos cuantos, en el mismo día, como un ritual. Era una floriste­ría. En un toldo color ama­rillo chillón que cubría la entrada se leía: ”Flores & Bou­quets”.

Siempre que lo veía le hacía gracia: ”Que habilidad, tres idiomas en dos pala­bras”, se decía.

La dueña, en ese momento, se metía en la tienda des­pués de colocar las últi­mas plantas y ramos de flores a am­bos lados de la puerta, para que el público las tu­viera más a la vista. La verdad es que la tienda era bonita, estaba mon­tada con mu­cho gusto y llamaba la atención de todo el que pasaba por allí. La puerta estaba flanqueada por dos carreti­llas de madera, de color verde, sobre las que descansaban un bosque de pequeños calderos color amarillo, como el toldo, con multitud de ra­milletes de flores de mil y un colores: cla­veles, rosas, mini margaritas, mini claveles, violetas, jazmi­nes, lirios. Cada recipiente, tenía un cartelito con el nombre de la flor, alguno en la­tín y el precio. Mundi entró en la tienda y la verdad es que apetecía es­tar un rato dentro, en­vuelto en el frescor y los olores de un montón de flores y plan­tas, todas diferentes. La dueña esta­ba en la trastienda, que servía de almacén y don­de se preparaban los ramos y los centros de flo­res. Mundi aprovechó para fijarse en lo que había allí dentro. Según se entraba, a la izquierda, unas es­tanterías bajas, pintadas de azul, sobre las que reposaban las flores más grandes o que se vendían con tiesto: hortensias, jacintos, orquídeas, crisantemos, tulipanes, gladiolos, iris, peo­nías...

A la derecha y sobre estanterías verdes, las plantas, tanto de interior como de exterior, en macetas o macetones, a los que se les apreciaba la humedad de riego re­ciente. Al fondo de la tien­da, estaba el mostrador, tras del cual, en la pared, colga­ban diplomas de premios obtenidos en concur­sos de floricultura y junto a él, la puerta de acceso a la tras­tienda.

- Hola mon cherí, esperaba que vinieras como todos los años en esta fecha - dijo la dueña saliendo de la trastien­da.

- Hola preciosa, ¿cómo estás? - le dijo Mundi, mientras le daba sendos besos, uno en cada mejilla.

La dueña era Luisa, la hija de la florista amiga de su madre. Consiguió irse a Francia con su tía, allí estuvo traba­jando de chica para todo, pues lo mismo fregaba escaleras, que estaba de asis­tenta por horas, o dejaba como los chorros del oro la va­jilla en un restaurante. Hasta que conoció a René, hijo de un comerciante que re­gentaba un puesto de flores en “Le Marché aux fleurs “de París. Luisa dejó de fre­gar y poco a poco se fue instruyendo, teniendo como maes­tro a René, en la multitud de variedades de flores y plantas, en el cuidado de las mismas, en la decoración,, en el idioma y en las artes amatorias. Se casaron y se hicieron cargo de la tienda cuando el padre se re­tiró. Tuvieron tres hijos, y deci­dieron que en España, podían montar una floristería con clase, de las de postín. Traspasaron la tienda y se instalaron en la ciudad donde Luisa se había hartado de repartir leche.

El negocio comenzó a funcionar bien y siguió muy bien. El toque francés ha­bía calado en la clase chic de la ciu­dad. Así que ahí estaba Luisa, que desde que vol­vió de Fran­cia se hacía llamar Louise y le gustaba intercalar algu­na pa­labra francesa en sus conversaciones. La verdad era que, aunque los años habían pasado, muchos años, todavía con­servaba cierto atractivo y despar­pajo, y sobre todo, ha­blaba por los codos. A Mundi y a su familia los trataba como si fueran la propia y ellos corres­pondían acudiendo a ella siempre que necesitaban flores o plantas.

- Te tengo preparado un bouquet -le dijo- seguro que a tu madre le hubiera gustado un montón. Espera que ahora te lo saco.

Al poco salió con un precioso ramo envuelto en papel de celofán.

- ¿Te gusta?

- Mucho - dijo Mundi.

- Verás, esto de aquí son lilies asiática, este otro, un racimos de delfinios, aquí, un racimo de mini claveles, mar­garitas blancas, un racimo de flores de cera, otro de lisian­thus, y otro de monte casino lavanda.

Mundi no pretendía ni mucho menos aprenderse los nombres, pero el efecto era de una belleza plástica impo­nente.

- Tienes mucho arte, Louis, parece que hubieras na­cido para esto. Es precioso.

La mujer se sintió halagada y con una sonrisa le dijo:

- Pues tú sabes que no empecé con flores que diga­mos. Sólo es cuestión de po­nerse - dijo con falsa modestia.

Un par de clientas entraban en la tienda a la vez que una furgoneta de reparto le traía unas cuantas cajas alarga­das procedentes de Holanda, según ponía en las etiquetas, así, que dieron por terminada la conversación.

Mundi pagó y se despidieron.

Au revoir -le dijo la florista- dale recuerdos a tu mu­jer, el otro día estuve ha­blando un rato con ella. Está muy guapa, vigílala.

Mundi fue hacia el coche y cuando pasó delante de la vigilante le dijo sin de­tenerse: “No ha habido suerte, ¿eh? Uno cero“.

La otra le miró y por el gesto dio la sensación como si le contestara: ”Ya cae­rás“.

Atravesó la ciudad y enfiló el puente. Todos los años, en el aniversario de la muerte de su madre, le gustaba ir al cementerio. Por Todos los Santos iba con el res­to de la fami­lia pero, ese día, iba solo.

Una vez atravesado el puente, giró a la derecha y pasó delante del tanatorio. Estaba cons­truido donde antes había estado el cementerio civil.

 El cementerio civil... recordaba cuando al ver una zona adosada a un costado del cemen­terio, a la que se entra­ba por una metálica, le preguntó a su madre.

- Y eso, ¿qué es?

Ella le contestó:

- Es el cementerio civil.

Mundi frunció el ceño:

- ¿Qué pasa, que el resto del cementerio es para mili­tares?

- No hijo, no, ahí entierran a los que no son católicos o a los que se suicidan.

- ¿Y por qué no pueden estar juntos? Tú imagínate -continuó Mundi- que uno es católico y se suicida, en el último, último momento, antes de morirse, se arre­piente. Nadie sabe si se ha arrepentido, ¿por qué no lo pueden ente­rrar con los otros? Qué más dará que sean o no católicos para enterrarlos en el mismo cemente­rio; al fin y al cabo, una vez muertos todos son iguales.

Mundi sonreía, recordando la cara de su madre que­riendo salir del atolladero.

- Mira hijo, no sé por qué, pero así es y ha sido siem­pre. Cuando vuelvas al colegio se lo preguntas al cura a ver que te dice. Y de paso me lo cuentas cuando vuelvas.

Le costó aparcar el coche ya que había un enterra­miento y el aparcamiento del cementerio estaba casi lleno. Había crecido mucho el cementerio, el panteón de su fami­lia se había quedado en la parte antigua y a la nueva se en­traba por la puerta que daba al norte. En ella proliferaban panteo­nes a ras el suelo, de mármol negro o gris y largas fila de bloques de nichos de hasta cinco alturas. En otra zona, un con­junto de lápidas sobre tierra mirando a la Meca consti­tuían el acota­do para musul­manes. En una zona ajardinada, un grupo de pequeños nichos donde depositar las urnas con cenizas procedentes de incineraciones. Lo que antes era tie­rra, ahora eran amplias zo­nas de césped.

Mundi subió la rampa de acceso a la puerta, el letre­ro de la entrada sobre ce­rámica toda­vía estaba y habían re­compuesto un par de baldosas, se notaba por el tono más fuerte de las letras de las baldosas sustituidas. Encima de la puerta, un ró­tulo de letras de metal anunciaba: Cemente­rio Municipal.

Mundi entró, estaba todo muy limpio aunque el suelo de la calle principal se­guía siendo de adoquín. Continuaban las hileras de cipreses a ambos lados de las calles y se respi­raba el silencio y el sosiego del lugar. Una mujer estaba co­locando una maceta encima de una lápida. Observó Mun­di que proliferaban las fotografías en tamaño pequeño adosa­das a las lápidas o a los fronta­les de los panteones. Pasó por el panteón del poema de Quevedo, estaba descuidado y la pla­ca con la poesía tenía una grieta. En el frontal debajo del nombre de Laura ponía Alfonso, nada más.

Mundi llegó al panteón familiar; en una placa de mármol blanco sujeta a la lápida, en le­tras negras, figuraban los nombres de su padre, su madre y su tía Rosa, con las fe­chas de falleci­miento.

Mundi dejó sobre la lápida el ramo de flores y se es­cuchó decir: Aquí estoy…

Noviembre de 2005.

*En recuerdo*